



Claudio de Lorena, *Puerto al atardecer*, 1639

EDITORIAL

LA EXPRESIÓN FILOSÓFICA DEL PRINCIPIO Y EL SENTIDO ÚLTIMO

LA filosofía aspira a una indagación y *expresión racional* de las grandes cuestiones del principio y sentido último de lo real. Esa petición de racionalidad y de autonomía del logos fracturará la indudable afinidad que sus temas tienen con la religión, bien advertida por Hegel, llevando muchas veces al filósofo a erigirse como un crítico o alternativa respecto a la visión religiosa de la vida. Ahora bien, en el camino de esa indagación, la historia del pensamiento ha desarrollado tanto el rigor crítico-lógico del discurso, como la interpretación y profundización del mito y lo religioso. Como recordaba Aristóteles, el filósofo es amigo de la sabiduría, pero también del mito. Esa relación con el relato mítico y religioso se ha desarrollado en Occidente no solamente desde la interpretación de la mitología clásica, sino de modo íntimo y fundamental desde la interpretación y reflexión de los textos bíblicos y la tradición judeo-cristiana. El mismo cristianismo europeo no puede entenderse sin su maridaje y fusión con la filosofía clásica; pero más allá, la filosofía contemporánea ha revisitado una y otra vez con diferentes resultados las fuentes bíblicas y los valores judeo-cristianos.

El elenco de artículos contenidos en este número puede entenderse entre otros vectores desde esa cuestión de la meditación genuinamente filosófico-primera acerca del origen (inicio, principio, *a priori*), así como acerca del sentido último; y en parte de ellos en diálogo con la tradición judeo-cristiana. Así, el primer artículo realiza una completa exégesis del comentario de Schelling al comienzo del Evangelio de Juan. «Al inicio era la palabra...». Al situar esa palabra en el inicio, nos situamos también en el extremo o vórtice de lo decible o expresable. A su vez, la expresión del principio, o ese inicio que es la misma palabra, parece necesitar un desdoblamiento originario, un ser otro para hacerse comprensible. El misterio filosófico de la palabra joánica, que no es sino la palabra divina, reconduce, a la luz de la lectura schellingiana, a una cuestión viva y presente, que nos compromete con la misma posibilidad de decir o expresar lo primordial, o lo sagrado; acercándose con ello a la palabra desgarrada del poeta Hölderlin.

Sin duda el Idealismo alemán profundizó de modo aún muy actual en qué sentido el replanteamiento radical de la cuestión del principio es una indagación última sobre el

mismo pensar; y en este sentido el segundo artículo nos brinda un diálogo crucial de dos grandes filósofos del siglo xx: Heidegger y Th. W. Adorno con Hegel y su idea de *negatividad* como una de las claves para comprender su concepción del pensar y de la misma dialéctica de la idea como proceso de lo real. Las críticas de Heidegger y Adorno al concepto hegeliano de negatividad parecerían llevar por parajes distintos a una liquidación de la misma metafísica, entendida en su sentido más tradicional, y de la que Hegel suponría su culminación y madurez. El artículo reconduce con maestría estas críticas e ilumina lo que la filosofía de Hegel y su idea de pensamiento aún puede aportar a nuestra época presuntamente *postmetafísica*.

Ahora bien, a pesar de la presencia de Hegel y el modelo dialéctico en el pensamiento contemporáneo, no hay duda de que si una escuela ha hecho posible la radicalidad de la cuestión filosófico-primera en el siglo xx, esa ha sido la fenomenología de Husserl, sin la que no se comprendería un pensador como Heidegger. Uno de los estudios aborda precisamente cómo el primer Marcuse fue influido radicalmente por *Ser y tiempo* para repensar la historicidad frente a un marxismo enclaustrado en los partidos y en la política fáctica. El tercer artículo aborda con rigor la relevancia de la *teleología* en la obra husserliana, entendida como un *telos* racional e ideal en diversos planos, abriéndose a una utopía ético-humanista. Este enfoque contrapesa acaso una visión de Husserl excesivamente centrada en la búsqueda especulativa de lo primario y originario. Los dos primeros estudios están dedicados también a temas fenomenológicos; el primero a la evolución y continuidad de la fenomenología de Jan Patočka, resolviendo el paso de un subjetivismo inicial a una fenomenología a-subjetiva desde una preocupación constante por la relación hombre-mundo. Y es que la fenomenología pudo replantear la ultimidad de las cuestiones de la verdad o el mundo, sólo asumiendo, acaso ya de modo irreversible, la prioridad de la existencia y la vida del sujeto como temas inherentes a todo filosofar. El segundo estudio nos recuerda cómo la fenomenología no sólo entrará en diálogo con la filosofía más existencial y metafísica, sino con la misma tradición analítica y la crítica wittgensteiniana del lenguaje. Desde un original método de exposición, en el que se nos narra una historia, el autor de este estudio indaga cuestiones cruciales acerca de la idea de significado en Husserl.

El último de los artículos está dedicado a Lévinas, que combinó su adscripción a la fenomenología con una original relectura de la tradición hebrea para plantear los límites de la ontología griega. En el artículo se dilucida su noción de una *metafísica a-tea* que situaría al individuo en radical soledad a la vez que encuentro con la alteridad irrebasable del Otro, como base imprescindible para reformular la ética como filosofía primera. Un aporte fundamental en torno a la relación del pensamiento contemporánea y la religión lo ofrece también el cuarto artículo, que nos presenta una visión matizada de la crítica nietzscheana de la religión. Lejos de detectar en ella una abolición meramente materialista o iluminista de lo religioso, este artículo nos recuerda el respeto que este pensador tenía por la figura del asceta y en qué sentido consideró la religión y *lo divino* como una sublime forma de arte que contenía la clave del *sí* a la vida. Ahora bien, de otro lado no dejará de prevenir, como es bien conocido, en qué medida la religión puede llevar al extremo contrario. El número acaba con un estudio sobre el amor a la verdad en la Escuela franciscana; que más que reconducir el tema del saber y la ultimidad a parámetros apologeticos o doctrinales, nos recuerda lo mucho que la espiritualidad medieval, especialmente el caso estudiado, tenía de vital y existencial. A la verdad y a las cuestiones últimas, desde la filosofía, como recuerdan los teólogos franciscanos, sólo cabe ir *con amor*, acaso con el alma y el cuerpo entero; no exigiendo verdades cerradas, sino disfrutando y saboreando la reformulación inevitable de las cuestiones eternas acerca del origen y sentido de nuestra vida. Pues todo atardecer, como el del cuadro de Claudio de Lorena, guarda irónicamente una afinidad manifiesta con un nuevo amanecer; y todo puerto es lugar de llegada y de una nueva partida.